

Jonás 3:1-5,10

Sermón Jonás 3:1-5,10 Epifanía 3 2015

“Jehová se dirigió por segunda vez a Jonás y le dijo: «Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré». Jonás se levantó y fue a Nínive, conforme a la palabra de Jehová. Nínive era una ciudad tan grande, tanto que eran necesarios tres días para recorrerla. Comenzó Jonás a adentrarse en la ciudad, y caminó todo un día predicando y diciendo: «¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!». Los hombres de Nínive creyeron a Dios, proclamaron ayuno y, desde el mayor hasta el más pequeño, se vistieron con ropas ásperas.” (Jonah 3:1–5, RVR95BTO)

“Vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo.” (Jonah 3:10, RVR95BTO)

La semana pasada escuchamos el llamamiento de Samuel para ser un profeta del Señor. Recibió un mensaje de juicio contra la familia del sumo sacerdote Elí. Cuando despertó en la mañana, temía repetir el mensaje a Elí. El temor de su parte era que Elí recibiría mal la noticia y no sabía entonces qué le esperaba. Pero Elí mismo insistió que le repitiera todo lo que Dios le había dicho. Fue una valiosa lección para Samuel de lo que significaba ser un profeta del Señor.

Jonás, de quien trata nuestro texto hoy, también fue llamado por el Señor para transmitir un mensaje de juicio. Fue enviado a Nínive para anunciar a los pobladores el inminente juicio del Señor por su maldad. Y Jonás también estuvo renuente de hacerlo. De hecho fue, pero no a Nínive, sino a España, exactamente en la dirección opuesta a la de Nínive. ¿Y por qué no quería ir allá? ¿Fue acaso porque temía que Dios no lo podría proteger? ¿O porque temía las torturas a que un pueblo tan malvado podría sujetarlo por su disgusto por su mensaje? No, nada de eso. Jonás no quería ir porque sabía que la palabra de Dios era poderosa, y que Dios es un Dios de misericordia. No quiso ir porque temía que su mensaje tuviera éxito, que la gente se arrepintiera, y que Dios no cumpliría la amenaza de destruir la ciudad. ¡Y Asiria era enemigo de Israel! ¡Jonás quería que Nínive y todo el país fuera destruido! Nos damos cuenta de esto por su queja en el capítulo 4 cuando ve que Nínive no ha sido destruido. Dice: *“Pero Jonás se disgustó en extremo, y se enojó.*

Así que oró a Jehová y le dijo: —¡Ah, Jehová!, ¿no es esto lo que yo decía cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque yo sabía que tú eres un Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte y de gran misericordia, que te arrepientes del mal. Ahora, pues, Jehová, te ruego que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida” (Jon 4:1–3).

Nuestro texto comienza con un informe de la comisión que Dios da a Jonás. *“Jehová se dirigió por segunda vez a Jonás y le dijo: «Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré»”* La primera vez que Jonás recibió esencialmente la misma comisión, fue desobediente. Se había dirigido a España. Terminó en el mar, y luego en el vientre de un gran pez que Dios había preparado para rescatarlo. Había recibido dos lecciones importantes. Una, que más vale no desobedecer al Señor. La segunda, que el Señor en verdad es misericordioso, y lo demostró rescatando a su profeta desobediente.

Esta vez escuchamos una reacción algo más de acuerdo con su oficio. *“Jonás se levantó y fue a Nínive, conforme a la palabra de Jehová”*. Sus instrucciones eran de predicar precisamente lo que Dios le revelaría. Así es posible que en lugar de ser sólo un resumen, el mensaje haya consistido en sólo las cinco palabras en hebreo que la Reina Valera 95 traduce como *“«¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!»”*. La ciudad era grande, tan grande que nos dice que tomaría tres días para llevar el mensaje a todas partes de la ciudad. Pero Jonás apenas había predicado un día cuando su predicación tuvo un gran efecto.

Antes de considerar el efecto, pausemos un poco para analizar el mensaje. Como se traduce en Reina-Valera 95, parece bastante claro. Es un mensaje que declara tajantemente la destrucción de la ciudad. Y así lo traducen también la Nueva Versión Internacional, Dios Habla Hoy, y, aunque con un sinónimo de destruir, La Biblia de Las Américas. Y ciertamente fue la manera en que los habitantes de Nínive lo entendieron. Pero en realidad es un poco más complejo que eso. El verbo que se usa ciertamente puede usarse con el significado de destruir. Es el verbo que se usó por lo que pasó con Sodoma y Gomorra. Sin embargo, también el verbo se puede usar de otros cambios radicales. Por ejemplo en Deuteronomio 23:5 escuchamos: *“Pero no quiso Jehová, tu Dios, oír a Balaam; y Jehová, tu Dios, **cambió** la maldición en bendición, porque Jehová, tu*

Dios, te amaba” (Deu 23:5). Inclusive se puede usar de un cambio radical en el corazón de Dios mismo: “»¿Cómo podré abandonarte, Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré hacerte como a Adma, o dejarte igual que a Zeboim? Mi corazón **se conmueve** dentro de mí, se inflama toda mi compasión” (Oseas 11:8). Así el mensaje se podría traducir sencillamente: “Dentro de cuarenta días Nínive será cambiado”. O será destruido como Sodoma y Gomorra, o será cambiado de su maldad e impenitencia al arrepentimiento y la fe en el Dios verdadero.

Oyendo la amenaza implícita, pero también la chispa de esperanza en la ambigüedad de la palabra, el cambio no pudo ser más radical. Verdaderamente Nínive fue cambiado, no en el sentido que Jonás quería, pero definitivamente en el sentido que Dios deseaba al enviar a Jonás a predicar. Se presenta un cuadro de profundo arrepentimiento y fe en el Dios verdadero. “*Los hombres de Nínive creyeron a Dios, proclamaron ayuno y, desde el mayor hasta el más pequeño, se vistieron con ropas ásperas*”. Hay dos cosas que notamos aquí. Primero es la fe. “Los hombres de Nínive creyeron a Dios”. Usa la misma expresión que se usó de Abraham, cuando se dice que “*Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia*” (Génesis 15:6). Lo que el autor de Jonás está diciendo es que los ninevitas de ese tiempo llegaron a tener una verdadera fe salvadora, la fe que justifica, al escuchar la predicación de Jonás. Pero también sabemos que es el evangelio que es el poder de Dios para salvación para todo aquel que cree. ¿Dónde estaba el evangelio? En esa ambigüedad acerca del cambio que el verbo implica. El cambio podría implicar arrepentimiento y salvación de la destrucción.

Luego vemos el fruto del arrepentimiento y la fe. Proclaman un ayuno. Se visten de ropas ásperas. Eran las señales clásicas de lamentar el pecado, de arrepentimiento. Al parecer fue un movimiento popular. Eso sucedía mientras Jonás predicaba su escueto mensaje. Fue el verdadero fruto de corazones aplastados con la ley, pero con la esperanza de que en el Dios a quien Jonás representaba podría haber también misericordia cuando con corazón y obras volvieran a él con arrepentimiento y fe.

Tan general se hizo esa reacción que llegaron las noticias hasta el propio rey de Nínive, y tuvo la misma reacción. A pesar de su posición exaltada en el gobierno, adopta la misma expresión humilde de arrepentimiento del pueblo. “*Cuando la noticia llegó*

al rey de Nínive, este se levantó de su silla, se despojó de su vestido, se cubrió con ropas ásperas y se sentó sobre ceniza” (Jon 3:6). Es más, parece que reunió a sus nobles y juntos proclamaron un edicto formalizando lo que ya estaba ocurriendo espontáneamente. *“Luego hizo anunciar en Nínive, por mandato del rey y de sus grandes, una proclama que decía: «Hombres y animales, bueyes y ovejas, no prueben cosa alguna; no se les dé alimento ni beban agua, sino cúbranse hombres y animales con ropas ásperas, y clamen a Dios con fuerza. Que cada uno se convierta de su mal camino y de la violencia que hay en sus manos”* (Jonás 3:7–8).

La esperanza en que se basa esta proclamación sigue en el próximo versículo. *“¿Quizá Dios se detenga y se arrepienta, se calme el ardor de su ira y no perezcamos!»*” (Jon 3:9). Esta declaración del rey otra vez encierra dos cosas. Primero hay un reconocimiento de que merecen la destrucción. Sabe que sus hechos han merecido que perezcan. Sabe que la vida de él y la gente de la ciudad se han caracterizado de maldad y de violencia hacia sus semejantes. Y la misma conciencia da testimonio que la amenazada destrucción es sólo lo que merecen.

La otra cosa que se nota es la esperanza. Se expresa como un condicional. “Quizás”, dice. No piensa que por algunas acciones exteriores como ayunar y vestir saco van a merecer que Dios les perdone y desista de castigarlos. Sabe que será por gracia si no perecen. La esperanza es que con un verdadero cambio de corazón, el cambio será no la destrucción, sino el perdón de la ciudad.

El capítulo cierra con las palabras: *“Vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo”*. Dios vio que se arrepintieron de su mal camino. Se habla de un verdadero arrepentimiento, de dejar el mal camino y de volver a Dios con fe. Jesús da testimonio de esto cuando dice: *“Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y en este lugar hay alguien que es más que Jonás”* (Mat 12:41). Mirando el cambio en la gente de Nínive, Dios mismo “se arrepintió”. Es decir, de acuerdo a las circunstancias cambiadas, Dios cambia el curso de su acción. Ya no tiene que responder con ira, sino puede hacerlo con su gracia y amor a los pecadores que se han arrepentido. Hay un interesante comentario sobre esto de Seudo-Filón, escrito por un judío tal

vez de más o menos el tiempo en que vivió Jesús. Dice: “La ciudad realmente ha sido trastornada, como fue proclamado, pero en sus corazones, no en sus muros. La ciudad ya no es la misma”.

Hermanos, ¿para qué Dios inspiró este pasaje de la Escritura? Seguramente es para que nosotros también aceptemos la advertencia por el castigo merecido por nuestros pecados. Nosotros también diariamente necesitamos dejar nuestro mal camino para volver a Cristo nuestro Redentor, que dio su vida en la cruz por nosotros. Y nosotros también debemos creer que porque Cristo tomó nuestro lugar, nosotros también podemos encontrar la gracia y el perdón de Dios por medio de él, que perdonará también nuestros muchos pecados para que no perezcamos en el pecado y la impenitencia. También nos enseña que no debemos desesperarnos ni de los más grandes pecadores. Son también parte de “toda criatura” que debe escuchar las buenas nuevas de la salvación en Cristo. Jonás, el profeta rebelde, encontró esa gracia. Los ninevitas encontraron esa gracia. Y, gracias sean dadas a Dios, nosotros también hemos encontrado la gracia de Dios en la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo por nuestros pecados. Amén.